Auge y caída de las Armadas

Paul Kennedy
(Traducción: Héctor López Arestegui)

Nota del traductor:

A fines de la década de los años 80 del siglo pasado, con la caída del Muro de Berlín, y la posterior disolución de la Unión Soviética, se produjo un fenómeno que no pasó desapercibido para los historiadores de las más diversas tendencias. Tras una larga, crispada y costosísima carrera armamentista entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, se ingresó a un mundo unipolar con una única gran potencia militar, los Estados Unidos de América. Este hecho dio origen a diversas interpretaciones de distinguidos intelectuales, destacándose el trabajo del politólogo norteamericano Francis Fukuyama quien llegó a afirmar que se vivía el fin de la historia.

Sin embargo, apenas dos décadas más tarde de los hechos mencionados, vemos que el siglo XXI, desgraciadamente, no ha nacido con características pacíficas, sino más bien con graves problemas bélicos donde juega un papel importante el factor cultural-religioso. Si se pudiera cuantificar el gasto militar de los Estados Unidos, el Reino Unido y otros países aliados en la guerra de Irak, no sólo en dinero sino también en bajas, pérdida de credibilidad y otros aspectos muy delicados como la violación de los Derechos Humanos, se llegaría a conclusiones sin duda dramáticas y hasta alarmantes. Los Estados Unidos, lo decimos con la mayor objetividad y sin ningún matiz ideológico desfavorable, no puede ser –ni será– el gendarme de la paz mundial ni posee las dotes ni la secular experiencia y tradición de buscar las fórmulas adecuadas para solucionar por la vía diplomática eventuales enfrentamientos entre diversos países. Precisamente la diplomacia norteamericana, y volvemos nuevamente al tema de Irak, ha demostrado su incapacidad para manejar una situación tan compleja y distante a sus referentes políticos y culturales.

Por esta razón creemos que el artículo que se leerá a continuación es de suma importancia. El historiador británico Paul Kennedy, especialista en relaciones internaciones, estrategia e historia naval, mundialmente conocido por su obra Auge y Caída de los Imperios *(1986), nos habla del despertar naval de Asia y del evidente declive del poder naval europeo. El autor considera está situación paradójica, pues las grandes naciones que forzaron a las naciones asiáticas a tomar contacto con los demás pueblos del mundo occidental, podrían convertirse, o ya se han convertido, como el caso de Portugal, en potencias navales de segundo o tercer orden frente a China, Japón y Corea del Sur. La única explicación que encontramos a tal estado de cosas es simple: la historia avanza y es imposible predecir los rumbos que tomará.*

Héctor López Aréstegui

Para los historiadores en todo el mundo, no hay fenómeno más interesante que observar que, al mismo tiempo, ocurren hechos divergentes y extrañas coincidencias.

Tomemos, por ejemplo, que Alemania, Japón, Italia y los Estados Unidos de América alcanzaron su mayoría de edad como Estados casi al mismo tiempo, en las últimas décadas del siglo XIX. Una extraña divergencia fue que, durante el periodo de entreguerras (1919-1939), la cultura política de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos estuvo marcada por un acentuado pacifismo, mientras que ocurría todo lo contrario en Alemania, Italia y Japón, haciendo inevitable el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Retrocediendo muchas centurias más en el tiempo, consideremos que, a principios del siglo XV, el gran almirante chino Zheng He lideraba una serie de sorprendentes expediciones marítimas fuera de las costas de su Imperio, navegando el Estrecho de Malaca, el Océano Indico y la costa oriental de África. En aquel momento ninguna nación europea hubiera podido rivalizar con el poder naval chino.

Sin embargo, apenas pocas décadas después de esos viajes descubridores y audaces, la flota de Zheng He fue desmantelada por órdenes del gobierno imperial. Las autoridades chinas consideraban que el mantenimiento de la Armada constituía una merma económica al Imperio, cuando la prioridad era defender la frontera norte de los ataques de la caballería manchú. Además, los mandarines temían que la formación de una burguesía enriquecida por el comercio marítimo pudiera constituir una amenaza a su autoridad.

Al mismo tiempo, al otro lado del globo, exploradores y pescadores portugueses, gallegos, bretones e ingleses se convertían en la punta de lanza de un proyecto descubridor que les llevó a la Península de Labrador, las islas Azores y la costa occidental de África. Así, pues, mientras las grandes flotas chinas eran desmanteladas, Europa empezaba su largo viaje hacia nuevos mundos, ricos de pueblos y culturas, en América, África, Asia y el Pacífico. Todo el planeta quedó a merced del poderío naval y militar de Occidente. El historiador naval norteamericano Alfred T. Mahan resumió extraordinariamente este fenómeno en su clásica obra *La influencia del poder naval en la historia* (1890): "Occidente hizo de sus Armadas la llave para obtener influencia global".

Volvamos ahora a nuestra época, tan fragmentada y difícil de entender para muchos. Hoy están ocurriendo coincidencias y divergencias como las que hemos descrito, que apenas son cubiertas por los medios de comunicación global. Estas involucran las distintas nociones sobre el poder naval que se está forjando en Asia y en Europa.

Permítanme hacer un alto en este punto para hacer una digresión. En estas breves palabras no me estoy refiriendo a la posición de los Estados Unidos respecto de la importancia del poder naval. Los Estados Unidos tiene una capacidad de proyección de poder que supera,

comparadas en el tiempo, al poderío de la Real Armada Británica en 1815.

Tampoco hago alusión a la Rusia de Vladimir Putin. Pese a haber sufrido en los últimos años una larga serie de embates logísticos, operativos y presupuestarios, la Marina Rusa se está levantando y, si bien puede que no llegue a alcanzar nuevamente la cima del poder que tuvo en las décadas de los años 70 y 80 del siglo pasado, ella es parte importante del proyecto nacional ruso: mantener al país como potencia mundial.

Así también entienden la importancia del poderío naval las naciones del este y el sur de Asia. En dos recientes visitas a Corea del Sur, con el fin de dictar conferencias sobre temas marítimo-estratégicos, pude constatar que el gobierno surcoreano ha establecido un plan, cuya duración es de 15 años, de expansión de su poderío marítimo en todas sus dimensiones, incluyendo el plano naval. En este momento los astilleros coreanos construyen tres grandes e impresionantemente armados destructores de 7.000 toneladas cada uno, cuyo diseño y poder ofensivo claramente no responden a la necesidad de combatir los mini-submarinos norcoreanos que se infiltran en sus costas.

Los surcoreanos hacen este esfuerzo para lograr paridad con su aún más poderoso vecino, el Japón. La última edición de *El balance militar*, obra fundamental de referencia publicada por el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos, señala que Japón cuenta con 54 unidades de superficie –entre destructores, fragatas, buques de desembarco, etc.–, todas ellas magníficamente armadas. Los japoneses, sin embargo, valoran su armada como la respuesta disuasoria ante el rearme naval chino. China dispone de 71 unidades de superficie y 58 submarinos (Japón sólo tiene 18 unidades de este tipo).

El rearme naval chino es comparable, en términos históricos, al de la Marina de los Estados Unidos a fines del siglo XIX. Apenas hace un mes el Servicio de Investigación del Congreso de los Estados Unidos publicó un informe de 95 páginas, titulado "La modernización naval china: implicaciones para la Marina de los Estados Unidos". El informe detalla extensamente el programa naval chino, destacando un pie de página en la parte inicial del texto: "Para el año 2010 la fuerza submarina de los República Popular China será el doble que la de los Estados Unidos. La Armada China, en conjunto, superará el tonelaje de la norteamericana el 2015".

Debo acotar que esta cita se toma de un documento de la Asociación de Astilleros de los Estados Unidos, que constituye un grupo de interés en esta materia. Además, es poco creíble pensar que los Estados Unidos no haga nada para impedir que este cambio en el balance de fuerzas navales ocurra. Empero hay que anotar que no sólo China tiene necesidad de aumentar su poderío naval. Incluso países como Vietnam, según *El balance militar*, ha aumentado su gasto de defensa en la última década, orientándolo hacia su armada.

Volvamos ahora al escenario europeo. Aquí la tendencia es opuesta, pues los presupuestos navales se estancan o reducen considerablemente. El caso más

notorio es el de la Armada Real Británica, que tendría que retirar del servicio la mayor parte de su flota de destructores y fragatas, que ya se encuentra muy disminuida y apenas suma la mitad que la de su par japonesa. En el parlamento británico muchos representantes piden explicaciones respecto al hecho de que el presupuesto de defensa constituye el porcentaje del PBI más bajo desde los años 30 del siglo pasado. Estos críticos se sienten aún más contrariados cuando se toma como referente a la Marina Francesa, que por primera vez en 250 años tiene más unidades de superficie que la Marina Real Británica.

Sin embargo, los presupuestos navales francés, español, holandés o alemán son bajos o repiten las mismas cifra año tras año. En Europa nadie se preocupa de la carrera armamentista naval en Asia. En Asia nadie se ocupa de los cortes presupuestales que sufren las armadas europeas.

Todos estos hechos nos llevan a preguntarnos: ¿qué premisas guían a los estrategas navales de un continente a recortar el número de unidades de sus flotas y a otros a aumentarlas? ¿Por qué en China los programas sobre la primera expansión naval británica, a mediados del siglo XVI, son muy populares en el ámbito académico y estratégico, mientras que el Ministerio de Defensa británico reduce el número de buques con nombres cuatricentenarios? ¿Ya no le interesa recordar sus glorias navales?

Los estrategas de escritorio dirán que en Asia hay una mayor probabilidad de hipótesis de conflicto que en Europa Occidental; que China compite con los Estados Unidos por la hegemonía naval en el Pacífico Occidental y que todos temen el rearme chino y, finalmente, el crecimiento económico del Asia permite gastar al mismo tiempo en mantequilla y cañones. Todas esas razones son validas. Sin embargo, el hecho es que nos encontramos en una era de incertidumbres geopolíticas y la respuesta a ellas de las grandes naciones europeas es ignorarlas. Así, queda de lado el viejo y sabio proverbio isabelino: "Cuida tu foso". ¿Es está una política sabia?

---

* *Paul Kennedy (1945). Historiador británico, especialista en relaciones internacionales e historia naval. Es miembro de número de la Real Sociedad de Historia, profesor visitante del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Princeton, de la Fundación Alexander von Humboldt, de Alemania y la cátedra J. Richardson de Historia de la Universidad de Yale. Es director del Instituto de Estudios Internacional de Seguridad de la Universidad de Yale. El presente año ocupa la cátedra de Historia y Relaciones Internacionales del London School of Economics. El artículo que se acaba de leer fue publicado, en idioma inglés, en el* Khaleej Times, *de Dubai, el 14 de abril del presente año. La traducción al español es mía (HLA).*